

Oratorio en que oraba el Santo junto á la puerta de su celda, y amenazándolo con el puño, exclamó: «Viejo chocho, viejo de-mente, no quieren obedecerme, y V. no los sosiega. He conducido la Orden hasta su ruina, y la arruinaré sin darme punto de reposo». Con su mansedumbre ordinaria contestó José: «V. se los ha escogido; no se los he dado yo: tema que descienda pronto sobre V. la cólera de Dios á causa de sus maldades». No tardó en cumplirse la predicción. Aquellas dimisiones podían ser muy funestas á la causa de Mario, podían tener gran resonancia, abriendo los ojos á muchos: medió el P. Visitador para impedir aquel estallido. Prometió á los tres Asistentes que en adelante se les consultaría siempre; que no podía aceptarse su dimisión sin el consentimiento del Papa que los había nombrado; y que con seguridad no la aceptaría: consintieron al fin en retirar la dimisión, en reunirse como antes, y en firmar sin oposición cuantas actas se les presentasen.

Sólo un mes duró la paz. Volvieron á quejarse de que lo hacía todo Mario sin consultarles, haciendo por sí los nombramientos para los cargos más importantes sin hablar una palabra en la Congregación. Irritado el Visitador, les declaró que en adelante prescindiría de su ayuda, y cumplió la palabra, gobernando solo á troche y moche con su Mario. Excitados por sus consejos, volvió á renacer la dormida cuestión de los Coadjutores y de la nulidad de los votos.

La historia desea conocer los sentimientos de nuestro Santo en aquellas tristes circunstancias. Aunque más rara su correspondencia después que le quitaron el Secretario, ella nos hará leer en el fondo de su corazón. Escribía á Narni el 19 de junio, después del nombramiento de los nuevos Asistentes. «Permita el Señor que suenen con precisión las teclas del órgano para que resulten sonidos melodiosos para gloria de Dios. Suplico á V. R. que sea el primero en ayudar al P. Mario, predicando á los demás la obediencia por amor de Dios, y se lo tendrá en cuenta más que si se disciplinase hasta derramar sangre». Y decía al P. Dominici que le daba cuenta de muchas órdenes extrañas que se recibían de Roma: «El Padre que ha dado esas órdenes es el que ahora gobierna, y puede decirse que gobierna á su modo. Dios sabe cuánto le ayuda el P. Cherubini». El 4 de julio decía al P. Berro. «Esta es la primera carta que recibo de las cuatro que V. R. dice que me ha escrito: las otras, ó se han perdido, ó las han detenido. Si me habla V. R. de sus necesidades, trataré de remediarlas, y con mis oraciones y consejos podré ayudarle. Le suplico sobre todo que se aplique á la perfección y observancia religiosa que conviene no dejar perder». Y el 18 de julio decía al mismo Padre: «Al fin de la Visita, que, según dicen, ha de durar un mes, le comunicaré las decisiones que se hayan tomado. Entre tanto, conserve durante el estío el cargo que tiene. Si nada de nuevo ordenan estos Padres, será el medio de ahogar todo lo que pueda decir-

se de los cambios súbitos que se han hecho. Amenle y témanle todos, no sólo entre los Novicios, sino también entre los Profesos. Que vivan todos bajo la salvaguardia de sus hermanos, para que estén todos unidos en caridad para el acrecentamiento de la Orden, gloria de Dios y aprovechamiento del prójimo». Al P. Bianchi de Savona decía: «La carta que escribí á V. R. llevaba la fecha del 7: puede ser que la hayan detenido en el camino de aquí á Génova. Si lo han privado del cargo los Padres que en la actualidad nos gobiernan, no puedo hacer más que exhortar á V. R. á que tenga paciencia, manifestando en esta ocasión la constancia y la humildad necesarias á un Religioso». Y le repetía el 29 de agosto: «Lo único que puedo decir á V. R. es que soporte con paciencia cuanto le suceda. Pensaré en V. R., cuando venga el P. Visitador á quien todavía no he podido hablar. Dios quiere probarle con esas tribulaciones: tenga confianza. Considérese feliz en poder sufrir por él, pues debemos ir al cielo pasando por muchas tribulaciones».

Tenia que soportar nuestro Santo no sólo sus padecimientos personales, sino también los de sus queridos hijos que lastimaban más aún su corazón: los consolaba como podía; pero por una parte, no teniendo Secretario, no le era posible contestar á todos, y por otra, cuando escribía, le interceptaba Mario las cartas. En medio de tantos dolores, no podemos encontrar una palabra de recriminación contra su perseguidor; deplora su conducta contra la Orden, pero jamás expresa la más pequeña queja por la conducta que observa contra él mismo. Citamos los fragmentos de las primeras cartas que nos vienen á la mano, escritas en 1643. «Vivimos en una perturbación continua, ya por la guerra que se hace á la Iglesia—la del Duque de Parma contra el Papa—ya por nuestras perpetuas disensiones ocasionadas por este bendito Padre Mario: en su infinita misericordia remédiele todo el Señor, y nos bendiga á todos». «Nuestras cosas están sin resolverse todavía—las de los Coadjutores y la nulidad de las profesiones.—Ruegue V. R. al Señor para que haga lo que pueda servir para mayor gloria suya».

«Rueguen á Dios con todo fervor para que lleguen á buen resultado esos rumores tan diversos, para que nos consuele visitándonos con su gracia, á fin de que sea sostenida su causa con valor y con éxito contra todo el poder de los hombres y del infierno».

Habían pedido, y por consiguiente, obtenido el Visitador y Mario, que reuniese el Papa una Congregación con ocasión de aquellas eternas cuestiones de los Coadjutores y de los Votos, interrumpidas tantas veces. Se compuso de tres Cardenales, de un Secretario de la Congregación del Concilio, y del funesto Asesor de la Inquisición, que se reunieron el 9 de agosto de 1643. El Santo escribía el 22 de septiembre. «El P. Visitador ha presentado el informe á los señores Cardenales, y en pocos

»días más vendrá la decisión sobre este asunto. Quiera Dios  
»que, como lo esperamos, sea ventajosa al Instituto. Apenas se  
»promulgue la decisión, haré que llegue á V. R. Entre tanto,  
»ruegue á Dios para que todo sea para mayor gloria suya».

¡Cosa increíble! En medio de aquellas turbaciones que tenían resonancia en las más apartadas provincias, como lo hemos visto ya, no cesaban de llegar demandas de nuevas fundaciones. Se había escogido mal el tiempo, porque aquella Orden admirada y pedida en todas partes hasta por los herejes, iba á sucumbir en la misma Roma y por mucho tiempo.

Reunióse la Congregación de los Cardenales el 1.º de octubre de 1643, formada de los tres Eminentísimos y con los dos Prelados ya dichos, y presidida por el Cardenal Roma. El P. Visitador había presentado su informe que contenía un bien detallado memorial del General sobre las cuestiones de que se trataba: de parte de San José se hicieron observaciones verbales y explicativas sostenidas con energía y convicción: nada se consiguió; no se escuchó más que la voz más poderosa de sus enemigos; y de tantas cuestiones como se trataron sobre una sola recayó deliberación: la supresión de la Orden de las Escuelas Pías. Todos los servicios prestados por aquella Sociedad, los testimonios y las reclamaciones de los Obispos, de los Príncipes, de las ciudades, todo fué echado á un lado. Después de largos debates en que la mayoría de los miembros de la Congregación votó por la conservación del Instituto, llegaron á esta conclusión: «Examinense los Breves que erigieron la Orden con votos solemnes, y el texto de las Constituciones, para ver si acaso no son subrepticios y contrarios á las intenciones del Soberano Pontífice. Véanse también los decretos de la Sagrada Congregación de Regulares para ver si estudió bien las Constituciones en la forma indicada y según las órdenes del Papa.» ¿Cómo podían llegar á semejante conclusión bajo el reinado del Papa Urbano VIII que había dado una serie de Breves en favor de las Escuelas Pías? En 1.º de junio de 1629, su Constitución *Debitum pastoralis officii* había asimilado á los Padres á las grandes Ordenes, dispensándolos de la asistencia á las procesiones. El 17 de agosto de 1630, su Constitución *Ad uberes fructus* había prohibido á cualquiera que fuese, vestir su hábito y tomar su nombre. El 12 de enero de 1632, su Constitución *Inscrutabili*, había nombrado á José General perpetuo. El 17 de noviembre de 1634, su Constitución *Romanum decet* les dispensaba de pasar el Noviciado en las casas especialmente aprobadas. En fin, el 27 de febrero de 1637, su Constitución *Alias per nos accepto* había aprobado la nueva fórmula de votos solemnes para los Hermanos Operarios. Había una serie de actos que no dejaban duda alguna posible sobre los Decretos constitutivos de Gregorio XV. Había un contrato *ratum et consummatum* entre la Iglesia y los Religiosos que formaban parte de aquella Sociedad. ¿Para qué examinar de nuevo, ó más bien, poner en

duda la validez de aquellos actos? Por eso, la mayor parte de los Cardenales en su voto escrito, según costumbre, opinaron con energía por la conservación de la Sociedad. No conservamos aquellos votos, pero permitió Dios para glorificación de su siervo que, ochenta años después de aquel suceso, se hallara el voto del Cardenal Paolucci, cuando se retardaba la Beatificación por las objeciones del Promotor de la fe. Véase aquí en resumen: «Opino que no es justo abolir una Orden establecida y aprobada por Paulo V, Gregorio XV y por nuestro Santísimo Señor el Papa reinante. Además el informe del Padre Visitador nos da á conocer que es muy útil á los pobres, que la forman Religiosos llenos de capacidad y probidad, y que su General, sobre todo, es un hombre prudente.... La Orden está ya establecida en Alemania y Polonia; aquellos Príncipes no permitirán fácilmente su extinción; hay que prever los inconvenientes, que vendrán, si se retiran.» Y en efecto, no tardaron en presentarse aquellos inconvenientes, como veremos pronto.

Reduciáanse á tres las razones que se presentaban para la supresión de la Orden: ya las hemos repetido muchas veces. Sostenían muchos la nulidad de su profesión, porque querían volver al mundo; los simples Coadjutores querían hacerse Clérigos; y en fin, había continuos debates sobre la precedencia. El Papa lo había zanjado todo con sus Decretos, y casi nadie pensaba ya en aquellas cosas, cuando con toda malicia comenzaron á resucitar aquellas irritantes cuestiones Mario y el Visitador. Tenía pues razón el Cardenal Paolucci, cuando añadía: «No es extraño que se presenten en esa Orden tales dificultades, cuando las hay iguales y acaso mayores en todas las Ordenes».

Indecible fué el asombro del General y de todos los buenos Religiosos, cuando supieron que no se había ocupado sino en la destrucción de la Orden la Congregación reunida para examinar sus asuntos. Creyeron que se había unido el demonio á sus enemigos, pero no era por eso menos invencible la confianza de José: sabía que son impotentes las puertas del Infierno contra la protección de Dios. Aquella protección iba á hacerse visible por una de esas terribles venganzas de que él solo tiene el secreto y el poder.

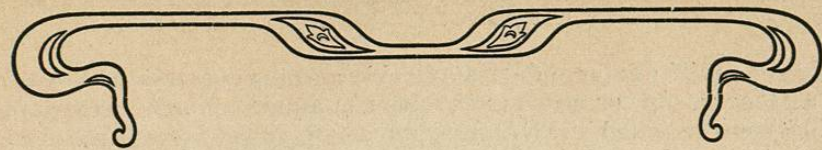
Mario Sozzi, á pesar de la protección de que le rodeara el Santo Oficio, había concluido con la paciencia de Dios y de los hombres. Hemos relatado las peripecias de su existencia: á fuerza de audacia había llegado al colmo de sus deseos; había aplastado á su Santo Superior, y preparado la destrucción de toda la Orden; pero si había podido engañar indignamente á la justicia de Mgr. Albizi, no había de conseguir lo mismo del Todopoderoso, y su hora había llegado. Hacía un año justo que había hecho llevar públicamente á San José al Santo Oficio: ¡qué día de triunfo para él! Cumplido el año, fué herido de una especie de lepra espantosa. Al principio apareció el mal con poca gravedad, no inspirando cuidado alguno. Mario continuaba

friamente en su indigna conducta. Uniendo la simonía á los demás crímenes, vendía las dimisorias á los Coadjutores que querían ordenarse. No lo ignoraba el Visitador, pues se lo había escrito el P. Bandoni desde su destierro de Nápoles; pero ¿qué podía importarle? Servía aquello para la destrucción de la Orden que era su único objetivo. El 26 de septiembre de 1643 escribía á todas las provincias: «Pienso estar ausente algo más de un mes: durante este tiempo no me escriban VV. RR.; escriban al P. Mario que, según mis instrucciones, proveerá á cuanto sea necesario». Pero la lepra aumentaba cada día. Desembarazado completamente de los escrúpulos de la pobreza religiosa, no retrocedía ante ningún gasto para procurarse, con los más costosos remedios, los más afamados médicos de Roma. Cuando comenzaba á aliviarse un poco, volvía á aparecer el mal más fuerte que nunca. Uno de aquellos médicos, desconcertado por la tenacidad insólita de aquella enfermedad, no pudo contenerse, y dijo: «Tengo remedios para los males naturales; pero no sé qué emplear contra los males que manda Dios.» Aquella opinión del médico era la de todo el mundo: y no la ocultaban al enfermo, sin poder obtener la más insignificante señal de arrepentimiento. El 20 de octubre le escribía desde Florencia el P. Le Luc: «Siento mucho que esté en cama V. R.; pero no hay remedios contra las enfermedades que envía Dios». San José había anunciado con frecuencia aquel fin desgraciado. «Si hubiera perseguido Mario á un hombre, hubiera podido tener éxito; pero no sé en que parará atacando á Dios y á la Santísima Virgen». A pesar de aquellas previsiones tan justificadas, quiso José agotar todos los medios para conseguir la salud del alma y del cuerpo de su implacable enemigo. Suplicó él mismo á Juan Castellani, antiguo médico de Gregorio XV, y una de las eminencias médicas de Roma, que fuese á visitarle como de propio impulso, y que nada escasease siquiera para aliviarle, si no podía curarlo. Algo inconcebible parece el odio encarnizado de Mario, herido por la mano de Dios de una manera tan evidente. Sabiendo que Castellani era amigo del General, se negó en absoluto á recibirle. Parecía que temía el triunfo de José, si llegaba á conocer su estado. ¡Conocía bien poco á su Santo Superior! Contentóse éste con decir: «Dejemos obrar á Dios: le ayudaremos con nuestras oraciones». En efecto, pidió á los Padres y á los Hermanos que hiciesen una disciplina por la salud de aquella pobre alma; ordenó á los primeros que dijese en la Misa la oración *Pro infirmo*, y á los segundos que pidiesen por él en todas las comuniones. A la edad de 88 años, y cojeando de la pierna quebrada, fué dos veces para consolarlo de San Pantaleón al Noviciado del Borgo que distaba más de media hora. Y cuando se hizo trasladar Mario del Borgo al Colegio Nazareno en que era más puro el aire, fué también á visitarle; pero jamás quiso recibirle aquel malvado, añadiendo sus partidarios las palabras más duras á la negativa. No fueron

más felices los Padres enviados por José, sin que dejase éste de rogar por aquel desgraciado que moría como un condenado. El Cardenal Crecenzi declaró más tarde en los términos siguientes. «Quería Dios demostrar la inocencia de José y las injustas persecuciones que había sufrido, castigando á su principal autor, y permitiendo que fuera cubierto de lepra tan horrible que no se podía estar á su lado. Sus carnes parecían quemadas por el fuego: estaban enteramente negras y cubiertas de costras repulsivas. «Estaba tan horriblemente desfigurado, declara el sacerdote Litrici, que su cara no parecía de hombre. Se caracterizaba su deformidad, diciendo, que, si hubiera de ser bautizado, no se podría, porque no conservaba nada de humano.» Viéndose el mismo Mario en un espejo, quedó horrorizado, pero sin reconocer la mano que le hería. Era tan infecta la hediondez de su cuerpo, que no podían soportarla sus mejores amigos y sus cómplices, ni aun haciendo uso de los desinfectantes más conocidos. Concluyeron los médicos por abandonarlo: jamás habían conocido nada semejante; pero José no le abandonó. Viéndose desechado, le envió al Venerable Cassani por quien Mario había conservado algo de aprecio. No fué despedido; y aquel santo Religioso acostumbrado, hacía mucho tiempo, á todo género de mortificaciones, le asistió con la más edificante caridad. Fué para él prueba muy dura aquella hediondez que nadie podía soportar; pero tuvo muy poco éxito. Lo más que pudo obtener fué que pidiera perdón á Dios, y permitiera que le leyese algún libro espiritual. Con las más vivas instancias le suplicó que pidiera perdón al Padre General. Uniéronse á su petición sus confidentes más íntimos, para que no muriera dejando un nombre maldito; quisieron hacerle reconocer que aquel golpe le venía de Dios. Negóse á creerlo Mario; sólo se le pudieron arrancar estas palabras que tan poco decían después de tan grandes crímenes. «Decid al P. General que, si le he ofendido, le pido perdón, y que ruegue á Dios por mí.» Repitieron á nuestro Santo estas palabras, y contestó: «Le he perdonado siempre, y suplico al Señor que le permita hacer un acto de contrición antes de morir.» Por su orden se expuso el Santísimo Sacramento á manera de Cuarenta Horas, mientras vivió Mario, esto es, durante muchos días, y él mismo, á pesar de sus enfermedades, estaba de rodillas muchas horas cada día para obtener la salud eterna de aquel desgraciado. ¡Ah! no habían de ser escuchadas tantas oraciones, porque Mario concluyó por llenar la copa de sus iniquidades. En medio de los más atroces padecimientos no pensaba más que en una cosa, en acabar su obra diabólica, continuando, después de su muerte, las persecuciones del General. Murió sin haber podido llegar al fin, y quería estar seguro de que habría alguno que sería más feliz que él. Hizo escribir al P. Visitador que estaba fuera de Roma, y al Asesor, diciéndoles que tenía gran necesidad de hablarles. Acudieron juntos, estuvieron á su lado algunos minutos, los

suficientes para suplicarles que nombrasen sucesor al P. Esteban Cherubini. Lo prometieron, y poco conmovidos ante el espectáculo de aquella muerte horrorosa, cumplieron desgraciadamente lo prometido. Les suplicó por fin que, inmediatamente después de su muerte, encerrasen su cadáver en una caja, y no lo expusieran en la Iglesia, según la costumbre de Roma, por el horror que había de inspirar su vista. Aquel desgraciado tenía conciencia de su estado maldito, y no quería que se aprovechara nadie de aquella terrible lección. Murió en la mañana del 10 de noviembre de 1643 á los cincuenta años de edad, después de diez años de profesión bien tristemente cumplidos, porque nunca fué Religioso, fué un audaz infame que ni un solo día cesó de perseguir á su bienaventurado Padre.

Se le llevó á San Pantaleón en un ataúd cerrado, como lo había deseado, pero era inútil su recomendación: la vista de su cadáver hubiera causado grave horror á los asistentes. «Tenía razón, dice en su declaración el sacerdote Litrici, porque, si hubiera estado expuesto, irritado el pueblo por los ultrajes y por su maldad para con aquel buen siervo de Dios, hubiera hecho pedazos su cuerpo.» Escribiendo el P. Maldonado desde Cagliari á San José compendiaba en estas palabras la vida y la muerte de Mario: *Vidi impium superexaltatum, et elevatum super cedros Libani; transivi, et ecce non erat.* Su Superior General se lo había predicho, porque, habiendo ido á verle Mario antes de su lepra, le dijo: «He de llegar hasta haceros morir en una prisión.» Respondióle José con mansedumbre: «Haréis lo que Dios permita ni más ni menos. Tenéis la autoridad, pero la vais á conservar poco tiempo.» Sin embargo aquella muerte no fué el fin de las desgracias de nuestro Santo y de las Escuelas Pías. Mario se había escogido un hábil sucesor: pero no pudo impedir que José hallase en la oración inquebrantable confianza en lo porvenir. Sabía que los hombres pasan, pero que no pasa Dios.



## CAPITULO XXII

ESTEBAN CHERUBINI

1644

**L** Asesor y el Visitador cumplieron la palabra dada á Mario en su lecho de muerte, é iba á realizarse su último deseo. Estaban seguros de obtener la aprobación de los Cardenales nombrados por el Papa, si comenzaban por ganarse al presidente, Cardenal Roma. No fué ni largo ni difícil: treinta horas después de la muerte de Mario era nombrado Cherubini Vicario General de las Escuelas Pías. Anunciólo el Visitador á todas las Casas en carta circular de 11 de noviembre de 1643, al día siguiente de aquella muerte. Sin duda había prisa por cometer aquella nueva iniquidad. «Ha querido su Divina Majestad, decía la circular del P. Visitador, llamar á sí al P. Mario. Os hago saber que la Congregación de Eminentísimos Cardenales, reunida para los asuntos de las Escuelas Pías, ha puesto en su lugar como Superior único y universal de toda la Orden al P. Esteban Cherubini de los Angeles, á quien se deberá prestar la obediencia debida, haciéndolo reconocer como tal por todos sus súbditos.» ¿Cómo se había tomado medida tan trascendental y tan de súbito en aquella corte romana, tan grave, tan prudente, á la que por lo común se echa en cara la lentitud de sus decisiones? Jamás explicará la historia hecho tan inexplicable. Hay que ver aquí un designio especial de Dios. No se hallará en los Anales de lo pasado ni quizá tampoco en los de lo porvenir un acontecimiento tan extraordinario, porque todos aquellos Cardenales eran hombres buenos, que no tenían interés alguno en la destrucción de las Escuelas Pías, y mucho menos en contristar á aquel venerable y santo anciano que tenía ya un pie en el sepulcro. ¿No valía más dejarlo morir en paz? No podía durar mucho, y si sus 88 años reclamaban un Vicario, ya habían previsto las Constituciones lo que en semejante caso debía hacerse, ¿por qué no se observaban, dejando á los Religiosos en libertad de elegir su jefe?

No puede expresarse el desengaño y el dolor de la casi unanimidad de los Religiosos al recibir aquella circular. Después